

# NUESTRA SEÑORA DEL MONTE DE S. SALVADOR, DE LA VILLA DE FELANITZ.

*Romance religioso premiado con la tercera Mencion honorifica en el  
certámen celebrado por la reduccion de LA ILUSTRACION PO-  
PULAR ECONOMICA, en Febrero de 1871.*

La mística lira.

## INTRODUCCION.

Hoy este mísero vate  
de María Virgen santa  
quiere cantar las grandezas,  
sus grandezas que son tantas;  
grandezas que allí mostró  
de mi villa en la montaña;  
grandezas que al alma pura  
estás y arrebatan.  
Hoy quisiera yo, María,  
que mi voz se levantara  
robusta, suave, melosa  
y digna de lo que canta.  
Hoy quisiera que la voz,  
que de mi pecho se exhala,  
á miles otros de pechos  
grande amor comunicara  
hacia Tí, que mil finezas  
haces gustar al que te ama;  
hacia Tí, que eres la madre  
del que su amor te consagra.  
Hoy quisiera con mi voz  
encender en viva llama  
los helados corazones,  
aquellas almas heladas  
que de Tí jamás se acuerdan,  
que santo amor no embalsama.  
Pero si mi pobre cítara  
no es digna de lo que canta;  
si mis versos, como suelen,  
por esta tierra se arrastran,  
y no saben publicar,

cual deben, tus glorias altas;  
si mi voz salir no puede,  
y se pierde en la garganta,  
embargada por la gloria  
que publicar intentara,  
acude Tú á mi socorro,  
y ayúdame, Virgen santa:  
Tú, tipo de poesía  
la mas bella y acabada;  
Tú, que de mi inspiracion  
eres la fuente mas grata;  
Tú, que sabes conmover  
tan dulcemente mi alma.  
Templa tambien de mi lira  
las cuerdas ya destempladas;  
si las templas, esa lira,  
que hasta hoy solo lanzara  
áridas y agudas notas,  
voces discordantes y ásperas,  
veré cómo cambia el tono,  
y otras melodías saca;  
y encontrando sus clamores  
un eco en las puras almas,  
veré como todas ellas  
conmigo tus glorias cantan.  
Ayúdame, y tus loores  
cantaré con alabanzas:  
ayúdame, y ese canto,  
que mi corazon exhala,  
¡ojalá fuese otra rosa  
digna de ser colocada  
en la corona que ciñe  
tu frente pura y sin mancha!  
Y busca tú, lira mia,



Nº 12184



tus mas esquisitas galas:  
 busca flores que te adornen,  
 y hagan tu presencia grata;  
 y luego melifluos cantos  
 con tus cuerdas ya templadas  
 esparce, que en leves ondas  
 subirán á la morada  
 de la Reina á quien dedicas  
 los acentos que levantas;  
 y esas ondas, cual incienso  
 que ondulante se derrama,  
 serán gratas á la Virgen,  
 y atraerán muchas gracias.

## I.

Es Felanitz una villa  
 en Mallorca recostada:  
 ¡feliz villa, que tal perla  
 recogiste en la montaña!  
 ¡villa mil veces feliz,  
 que la misma Virgen guarda!

De Felanitz en un monte,  
 á una legua de distancia,  
 un antiguo monasterio  
 con magestad se levanta.  
 Monumento que elevaron  
 generaciones pasadas  
 á la imágen de María  
 que un pastorcito encontrara.  
 En otro tiempo los monges  
 celoso culto prestaban  
 á la Virgen, despreciando  
 del mundo las glorias vanas.  
 Mas el tiempo en sus revueltas  
 apartó de su morada  
 á esos fervorosos monges,  
 que su vida consagraban  
 á la Santísima Virgen,  
 embeleso de sus almas.  
 Y ora que los buenos monges  
 ya no pueden alabarla,  
 con amor grande los fieles  
 frecuentan siempre su casa;  
 y sumisos y devotos  
 ofrecen tiernas plegarias  
 á esta imágen prodigiosa  
 de María Inmaculada,

que siempre en sus almas deja  
 mil bendiciones y gracias;  
 á esta imágen celestial  
 por un milagro encontrada,  
 que es la guarda de la villa  
 que á su sombra se levanta;  
 que es su honor, toda su gloria:  
 y pues quiero yo cantarla  
 en su hallazgo y sus favores,  
 préstame ¡oh musa! tus galas.

—  
 En aquellos otros tiempos  
 cuando el dominio acababa  
 del moro, que audaz tenia  
 oprimida nuestra patria;  
 en una apacible noche  
 llevaba un pastor sus cabras  
 por la cima de aquel monte  
 á pacer la tierna grama:  
 la luna el monte cubria  
 con manto de luz plateada;  
 dulces soplaban apenas  
 las mas solazantes auras;  
 el ambiente delicioso  
 y perfumado se hallaba,  
 adurmiéndose natura  
 con tan poética calma  
 á la luz de las estrellas  
 que trémulas fulguraban.  
 «¡Qué noche tan deliciosa!»  
 el buen pastorcillo esclama:  
 «un placer intenso, puro,  
 éxtasis toda el alma:  
 mis reyes tal vez lo sienten,  
 pues alegres todas saltan:  
 ¡qué contento! qué embeleso!»  
 el pastor así esclamaba.  
 Y mientras que se éxtasis  
 con tal placer su pura alma,  
 unos coros celestiales  
 por el aire se derraman;  
 y aspira ricos perfumes  
 de suavísima fragancia.  
 Se vuelve, y queda asombrado:  
 de una Peña muy cercana,  
 de donde el concierto sale,  
 sale tambien una llama  
 de resplandor azulado;  
 sale vibrando tan clara,



que de allí las sombras quita  
 cual las quita la alborada.  
 «¿Qué prodigio! qué milagro!»  
 el sencillo pastor clama:  
 y enagenado y confuso  
 no sabe lo que le pasa.  
 Mas prosigue la armonía,  
 aquella luz se dilata,  
 y luego siente en su pecho  
 un impulso que le arrastra  
 hácia el lugar de do salen  
 aquellas voces tan gratas.  
 Llega á la gruta, se asoma,  
 y en su fondo recostada  
 una imagen de María  
 á sus ojos se mostraba.  
 De su bello rostro sale  
 aquella límpida llama;  
 mas no sabe por do vienen  
 los cánticos de alabanza,  
 que al son de celestes liras  
 los coros de ángeles cantan.  
 El pastor arrodillado  
 también la Virgen ensalza:  
 luego corre presuroso  
 olvidando ya sus cabras,  
 á propagar en la villa  
 esta dicha inesperada.

## II.

Es tan grande el resplandor  
 que despide la montaña,  
 que las gentes de la villa  
 abandonando sus casas,  
 hácia el monte se dirigen  
 para saber lo que pasa.  
 Les halla el pastor, y á todos  
 alegra con sus palabras,  
 dándoles parte de aquella  
 feliz nueva que le pasma:  
 y van todos á adorar  
 á la imagen encontrada.  
 Postrados al rededor  
 de la cueva solitaria  
 muy humildes la veneran;  
 veneran la imagen santa,  
 ofreciéndole los himnos  
 que su corazón exhala,

y los mas puros afectos  
 que les puede dar su alma.

—  
 Para poder obsequiar  
 mejor á la imagen sacra,  
 de la cumbre con festejo  
 entre cánticos y palmas  
 la bajan, y la colocan  
 del mismo monte en la falda.  
 Y vuelven á sus hogares,  
 y á la siguiente mañana  
 contemplar otra vez quieren  
 el tesoro que guardaban:  
 los corazones palpitan,  
 y sus almas entusiastas  
 anhelan solo el momento  
 de volver á venerarla:  
 y apenas la oscura noche  
 daba paso á la alborada,  
 y ya todos con presteza  
 á la montaña marchaban.  
 De una parte y otra llegan,  
 se apiñan todos en masa,  
 y cada cual de ellos quiere  
 ser primero en adorarla.  
 Mas.... ¿adonde la dejaron  
 ya no está! ¿se fué? no la hallan;  
 la buscan una vez y otra,  
 y con angustia la llaman:  
 y mucho, mucho la buscan  
 y con muy visibles ansias.  
 «¡Ya no está!» todos decían:  
 y aparecía su cara  
 velada por muy oscuras  
 nubes de tristeza amarga.  
 Pero.... ved aquí el pastor  
 que la imagen encontrara;  
 vedle, que corriendo llega:  
 escuchadle, que ya habla.  
 —«A la Virgen que buscaís,  
 acabo yo de encontrarla:  
 seguid todos; la vereis  
 en su primera morada.»  
 ¿Acaso visteis de un niño  
 el llanto, las vivas ansias  
 con que á su madre perdida  
 entre suspiros la llama?  
 ¿Pero visteis qué alegría,  
 qué placer llena su alma,



si de un modo inesperado  
vuelve despues á encontrarla?  
Pues esa dicha del niño  
es muy pequeña, no es nada,  
si se compara á la dicha  
de aquellas sencillas almas,  
cuando el pastor les digera  
tan deliciosas palabras.  
Y todos del pastorcillo  
tras los pasos se abalanzan;  
corren á la cumbre, llegan,  
encuentran la imagen santa,  
y todos postrados caen  
de la Virgen á las plantas.

¡Yo te saludo, María,  
Señora llena de gracias,  
que con prodigios nos muestras  
tu voluntad soberana!  
Te trasladaste á la cumbre  
desde el pié de la montaña,  
pera velar cuidadosa  
por nuestras almas cristianas.  
Tu trono sentar quisiste  
en la cúspide elevada,  
para estender cual aurora  
tu luz á mayor distancia.  
¡Salve, Tutelar benigna!  
¡Oh! ¡salve, Estrella preclara!

Y en la cima de aquel monte  
un santo templo levantan;  
y un edificio que albergue  
en numerosas estancias  
á los fieles que á María  
para ensalzar, allí vayan.  
Y desde entonces el pueblo  
de su fiel amor en alas  
acude siempre á la Virgen  
de aquella escelsa montaña.  
De todas partes elevan  
sus voces para alabarla:

el devoto marinero  
que navega en lontananza,  
su bello nombre bendice  
si reposa el mar en calma;  
y si encrespadas las olas  
su débil nave amenazan,  
es la Virgen una fuente  
de inagotable esperanza.  
Su nombre invocan los fieles  
en sus penas y desgracias,  
seguros de hallar consuelo  
para el alma atribulada;  
pues jamás decir se pudo  
que María abandonara  
á ninguno que sincero  
se prosternase á sus plantas.

Tú, oh pueblo, que aun conservas  
íntegra tu fé cristiana,  
acude ferviente allí;  
allí corre sin tardanza:  
que del Salvador la Virgen  
tus desdichas mas amargas  
te sabrá dulcificar  
si llegas con esperanza.  
Corre á la Virgen, que siempre  
su mano tendió magnánima  
á los fieles que imploraron  
los tesoros de su gracia.  
Y con pecho agradecido  
á María siempre ensalza:  
á María en quien tenemos  
una madre que nos ama:  
á María que en peligro  
nos protege y nos ampara:  
á María que en la vida  
nos llena de gracias tantas:  
que protegerá en la muerte,  
y consolará nuestra alma;  
llevándosela despues  
consigo á la eterna patria.

JAIME SUBIRÁ Y NICOLAU.

